

pueblos risueños y floridos que son hoy la tranquilidad del viajero y la gala de toda la comarca. Reinaba á la sazón Carlos III; y D. Pedro de Olavides, que concibió el primero este proyecto, infatigable y protegido eficazmente por el poderoso conde de Aranda, alcanzó de aquel rey que se pusiera en ejecución tan acertada idea. Levantáronse las poblaciones que hay ahora desde Visillo hasta cerca de Bailén; y no tardaron en estar ocupadas por italianos, por alemanes, por suizos, á quienes se aforó eximiéndolos de toda clase de tributos, aun del de sangre (1). Cobraron luégo vida todas las faldas de la Sierra: plantáronse frondosas alamedas y vastos olivares, se abrió y se fecundó la tierra. Fueron á poco vistosas campiñas las que eran sombrías soledades; veredas deleitosas y apacibles las que eran sendas erizadas de peligros. Animó la industria el interior de los nuevos pueblos, y repitieron el rumor de los talleres los ecos de los montes, acostumbrados durante siglos á no repetir más que ayes de víctimas inocentes, amenazas de bandidos y preces de humildes anacoretas. Fueron principalmente los alemanes los que vinieron á estas colonias; y esos honrados hijos del Norte llevaron á ellas su actividad, su amor al trabajo. Sus nietos, cuyo origen revelan sus ojos azules y su blonda cabellera, conservan todavía las hermosas dotes de sus abuelos; pero no han heredado desgraciadamente la fortuna de estos, á quienes fué dado elevar á mucha prosperidad los pueblos que guardan sus cenizas.

Están ya en decadencia estas poblaciones; pero no son por esto menos bellas. Presentan todas cierto aspecto risueño que las caracteriza; están generalmente bien situadas, y apenas las hay que carezcan en sus alrededores de árboles y aguas. Reciben

(1) Constituyeron en un principio estos pueblos una provincia aparte conocida con el nombre de Nuevas Poblaciones de Sierra-Morena. La Carolina era la capital, y en ella vivía el intendente. Consta de dos departamentos, cuya cabeza eran la Carolina y la Carlota. Hoy está distribuída en las provincias de Jaén, Córdoba y Sevilla.

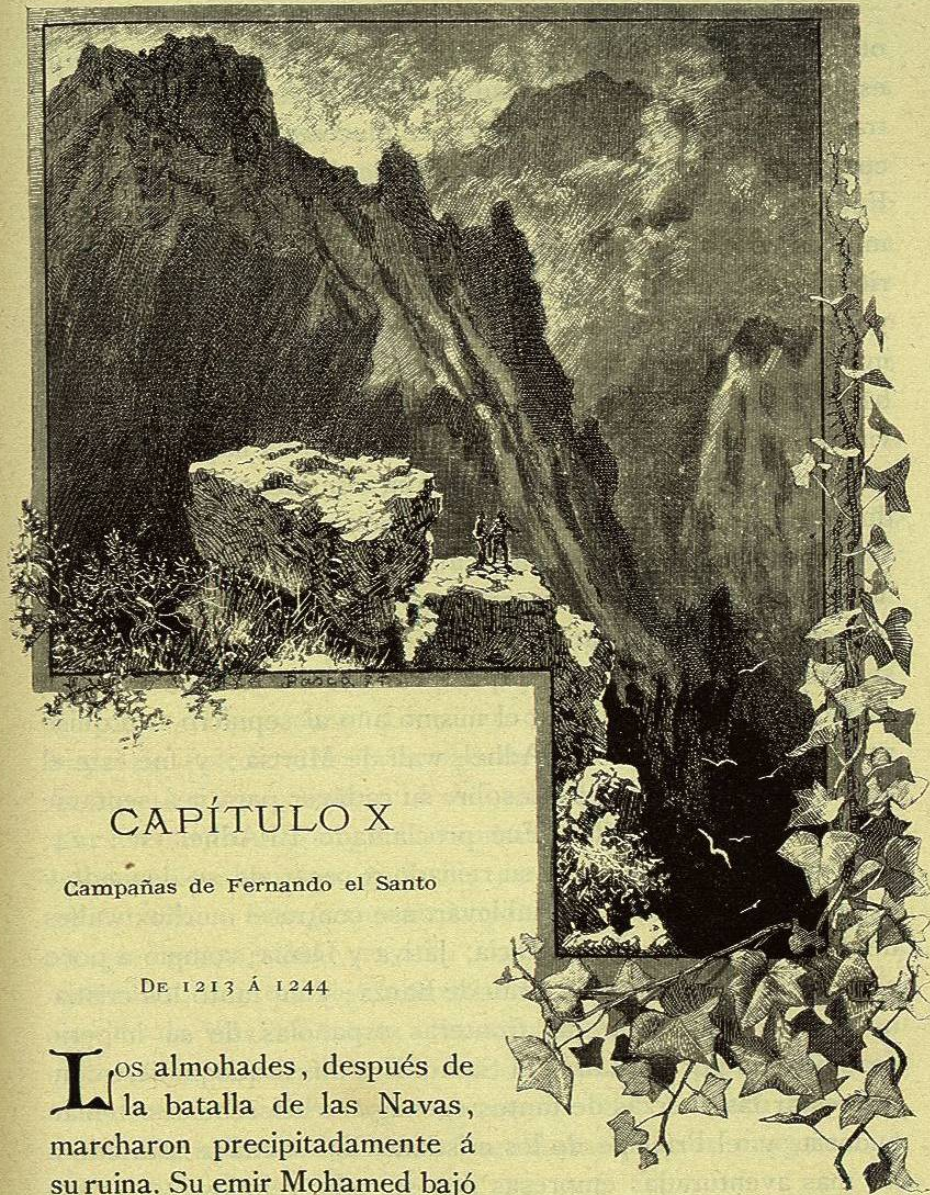
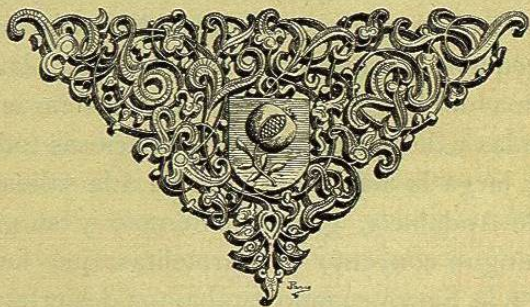
algunas sombra de altos y frescos álamos que adornan las márgenes de algún riachuelo; ven otras crecer vistosas flores en las orillas de un arroyo. Es sobre todas notable la Carolina, ciudad que es aún reina de esta reducida comarca. Perdió ya los honores de capital que le dió su fundador; pero no los que le dió su bella posición, su distribución acertada, la regularidad y limpieza de sus calles, la solidez y majestad de sus escasos monumentos, lo pintoresco de sus paseos, desde cuyo centro se descubren muchos pueblos sitios ya en la llanura, ya en lo alto de los cerros. Está en la falda misma de la Sierra, en el extremo de una meseta que limitan al Norte las vertientes del río de la Campaña; crúzala en toda su longitud una calle ancha y despejada que presenta en cada una de sus extremidades un arco cimbrado entre dos pequeñas torres y en el centro una plaza elíptica rodeada de una doble galería; són todas sus casas iguales, bien proporcionadas y de agradable vista, espaciosas todas sus calles, bella y muy larga la alameda que orilla á la salida de la ciudad el camino de Andalucía, grave su templo y su palacio, restos todos del antiguo convento de carmelitas que fundó San Juan de la Cruz en la Sierra cuando estaba aún desierta. Ensancha su simple aspecto el corazón del que acaba de atravesar las tristes y silenciosas llanuras de la Mancha. La ve este risueña y bella; y por más que el célebre mojón en que está grabada la cara de Dios (1) le haya indicado ya en lo alto de la Sierra el término de Castilla, y la vegetación de que están cubiertos hasta los riscos más inaccesibles le haya manifestado que está pisando otro suelo, sólo al entrar en ella, es fácil que empiece á reconocer la tan decantada Andalucía, en busca de cuyas bellezas corre tal vez ansioso.

¿Puede, empero, tener esta ciudad tradiciones ni recuerdos? Saben sus moradores que los umbrales de su iglesia han visto

(1) Véase sobre la significación de esta cara de Dios el capítulo sobre Jaén.



pasar muchas veces á San Juan de la Cruz; pero ignoran que haya sido hollada la tierra en que viven por los héroes que hicieron estremecer los cimientos del imperio almohade.



## CAPÍTULO X

Campanas de Fernando el Santo

DE 1213 Á 1244

Los almohades, después de la batalla de las Navas, marcharon precipitadamente á su ruina. Su emir Mohamed bajó lleno de cólera á Sevilla; y atribuyendo su derrota á la cobardía de los caudillos andaluces, ejerció venganzas sangrientas que no tardaron en alumbrar el Mediodía de la Península con el fuego de nuevas guerras civiles. Depuso á unos jefes, encarceló á